

Vigésimo Tercer Domingo del Tiempo Ordinario C2019

Las lecturas de este domingo hablan de la diferencia entre los caminos de Dios y los planes humanos. Muestran que los caminos de Dios están más allá del alcance y la comprensión humana. Nos invitan a buscar la sabiduría de Dios para que podamos tomar las decisiones correctas capaces de ayudarnos a ser verdaderos discípulos de Jesús.

La primera lectura describe las limitaciones de la inteligencia humana. Muestra que es difícil para los seres humanos conocer y comprender los caminos de Dios a menos que haya un apoyo de arriba. Nos invitan a pedir la Sabiduría de Dios y el Espíritu Santo para que podamos comprender sus caminos.

Lo que este texto nos enseña es la expresión de las limitaciones de la inteligencia humana. También existe la convicción de que los caminos de Dios están por encima del alcance humano. La última idea está relacionada con la certeza de que sin el Espíritu Santo, no podemos conocer a Dios y complacerlo.

Este texto nos ayuda a entender el punto central del Evangelio de hoy. En primer lugar, el Evangelio comienza con el discurso de Jesús a la multitud de quienes viajaban con él. También da la declaración de Jesús con respecto a la renuncia de familiares y parientes para seguirlo. Luego, habla de la importancia de la cruz que Jesús recomienda a los que quieran ser sus discípulos.

Después de eso, el Evangelio habla de la importancia de calcular el costo de ser discípulo de Jesús en los dos ejemplos que Jesús da en el caso de construir una torre y del rey que prepara la guerra. El Evangelio termina con la declaración de Jesús de que dice que el que no renuncie a todas sus posesiones no puede ser su discípulo.

¿Qué aprendemos de las lecturas de hoy? Hoy quiero hablar sobre el costo del discipulado. Déjame comenzar con una historia. Durante un par de años he estado tomando clases de piano. A pesar de toda mi buena voluntad, me di cuenta de que las cosas no siempre eran fáciles. Como estaba dividido entre muchos deberes, no siempre practicaba. Cuanto más no practicaba, más me olvidé. Cuando trataba de jugar, tenía que comenzar de nuevo donde estaba hace un par de años. Era una verdadera lucha. A veces algunas músicas que practicaba muy bien cuando estaba solo, no podría tocarlas correctamente en presencia de otra gente. Esta lucha me ha llevado a comprender el dicho popular que dice: "sin dolor no hay ganancia".

Este proceso de ganar solo después del dolor es la forma en que Jesús propone a quien quería ser su discípulo. Es por eso que en el Evangelio de hoy, está estableciendo condiciones que cada uno tiene que cumplir para ser su verdadero discípulo.

La Primera es el alejamiento del afecto familiar y el amor propio. Para Jesús, de hecho, ser su discípulo requiere un gran amor que sea superior a todos los lazos y afectos familiares. Cuando Jesús dice así, no nos enseña el odio de los miembros de nuestra familia o de nosotros mismos, lo que sería contrario a la ley del amor. Lo que quiere es que lo pongamos por encima de todo y que lo preferimos a cualquier cosa, ya sean nuestros lazos de parentesco o nuestra propia vida, para que ningún obstáculo se interponga entre nosotros y él.

La Segundo es el desapego de las posesiones materiales. Tal desapego es necesario porque a veces los apegos materiales nos impiden darle a Dios el primer lugar en nuestra vida. Además, las posesiones materiales tienen el peligro de encerrar nuestro corazón en

nuestros bienes hasta el punto de olvidar que lo que tenemos es solo un regalo recibido de Dios, y por eso tenemos que compartirlo con los necesitados.

En todos los casos, la verdad es que si elegimos seguir a Cristo, tenemos que cambiar nuestras actitudes hacia los bienes de este mundo, porque no tienen en sí mismos un valor absoluto.

Tal visión nos ayuda a comprender la demanda de San Pablo a su discípulo Filemón de recibir a Onésimo y tratarlo como un hermano querido por él. Tal propuesta va en contra de las costumbres de los tiempos en que un esclavo era tratado como una propiedad personal. En pocas palabras, al hacerlo, San Pablo le enseña no solo el perdón, sino también el desapego de los bienes materiales.

La Tercer es el espíritu de cálculo. El espíritu de cálculo no tiene nada que ver con un modelo de negocio, pero con el sentido de la inteligencia y la claridad de pensamiento al juzgar qué es rentable para nosotros y puede contribuir a nuestra salvación. En este sentido, la regla sería: discernir claramente lo que es bueno para nuestra salvación y perseguirla, y abandonar lo que no nos ayuda.

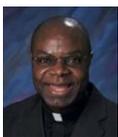
La última condición es la capacidad de soportar la cruz. La cruz es parte de nuestra vida como cristianos como lo fue para Jesús. La cruz no tiene nada que ver con el masoquismo. Más bien, es el símbolo de las cargas de la vida.

Como tal, la cruz puede tomar muchas formas. Podría ser una enfermedad de la que queremos deshacernos, pero no funciona. Podría ser una relación difícil, tal vez con el cónyuge, los hijos o parientes, etc. Pero, cualquiera que sea su forma, llevar la cruz significa aceptar las pruebas de la vida presente en fidelidad a Jesús y en sus pasos.

¿Son fáciles estas demandas de Jesús? No. ¿Cómo no podemos preferir a los miembros de nuestra familia a nada en el mundo? ¿Por qué debemos renunciar a un interés obvio donde habríamos aprovechado la situación? ¿Por qué nos imponemos sacrificios donde hubiéramos estado cómodos? De hecho, si permanecemos dentro de la lógica humana y usamos argumentos humanos, nunca cumpliremos con las demandas de Jesús. Es solo cuando nos dejamos guiar por la sabiduría y el Espíritu de Dios que podemos actuar en consecuencia.

¡Oremos, entonces, para que Dios nos ayude a elegirlo sobre todo! ¡Que nos llene de su sabiduría para que tomemos decisiones correctas en las cosas que hacemos en este mundo y lleguemos a nuestra salvación! Dios los bendiga a todos!

Sabiduría 9: 13-18b; Filemón 9-10, 12-17; Lucas 14: 25-33



Fecha de la Homilía: el 8 de Septiembre, 2019

© 2019 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20190908homilia.pdf